

Crear y transmitir la fe hoy. Dificultades y posibilidades

*Fernando Sebastián Aguilar
Arzobispo emérito de Pamplona-Tudela*

Quiero comenzar felicitando a los organizadores de estas Jornadas por haber reunido en estos días de reflexión a los representantes de la pastoral de la familia, de la catequesis y de la enseñanza. Familia, parroquia y colegio son tres instituciones que tienen que actuar conjuntamente en la educación religiosa de nuestros jóvenes.

Con sólo dar un vistazo al programa de las Jornadas, se puede comprender que mi misión hoy no es entrar en las cuestiones específicas de esta educación, sino más bien trazar un marco general que os permita situar las cuestiones que vais a estudiar y debatir en las sesiones siguientes.

I. Recuperar la noción bíblica de fe

Cuando hablamos de fe o utilizamos el verbo creer, en nuestro lenguaje común podemos hacerlo en varios sentidos. Decimos «creo que mañana hará buen día». En esta expresión «creer» significa lo mismo que «opinar». De hecho st. Tomás dice que la fe, en su aspecto intelectual, se parece a la opinión, porque no viene apoyada por razones evidentes. Otras veces decimos que una determinada noticia nos parece «increíble», es decir, que no podemos aceptarla como verdadera. En estas dos formas de hablar, la fe viene considerada como conocimiento, y como un conocimiento de «segunda mano», sin evidencias, fundado en testimonios indirectos o en congruencias que no son realmente probatorias.

Otra forma de hablar es cuando decimos de alguien que es fiable, digno de fe. Ante una noticia un poco extraña, preguntamos: «quién ha dicho eso», y ante la respuesta que nos den podemos decir: «Si lo ha dicho X será verdad, porque ese hombre es serio y es digno de fe». En este caso ya no se trata de creer cosas, sino de creer a una determinada persona. «Creer en alguien» significa tener confianza en él, valorarlo como digno de confianza. Ya no se trata de «creer algo», sino de «creer a alguien». Este sentido más personal y más radical es el que tiene la fe en la Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

En el Antiguo Testamento, dentro del marco de la Alianza, creer en Dios es confiar en Él, estar seguro del cumplimiento de sus promesas, contar con su amor y su fidelidad. La palabra «fe» indica firmeza, seguridad. Dios ha elegido a Israel, le ha hecho unas promesas y se ha comprometido a ayudarlo en todo momento. Israel debe responder con su fe y su confianza en la veracidad y en la fidelidad de Dios.

El modelo de los creyentes en el Antiguo Testamento es Abrahán. Dios le ha prometido ser padre de muchos pueblos. Y cuando el mismo Dios le pide que sacrifique al hijo de la promesa, Abrahán no duda en obedecer. Cuando Isaac le dice: «Padre, llevamos fuego y cuchillo para el sacrificio, pero no tenemos qué sacrificar». La respuesta de Abrahán es una fórmula perfecta de la fe bíblica: «Dios proveerá».

Otra figura de creyente es Moisés. Cuando recibe la misión de conseguir del Faraón la libertad de Israel, Moisés se asusta. «Quién soy yo para enfrentarme al Faraón?». La respuesta del Señor es la respuesta de la Alianza: «No temas, yo estaré contigo». Y apoyado en esta promesa, Moisés emprende su gran aventura. El mismo nombre con el que Dios se presenta es un nombre que invita a la fe. «Yo soy» en el lenguaje de la Biblia, no se refiere a un ser puramente metafísico, sino a una fidelidad moral. «El que es» me envía, quiere decir que «el que siempre está, el que nunca falla», me envía.

Durante la Cautividad, los Profetas se encargan de mantener la fe de Israel. Dios no los abandonará, si creen en El encontrarán salvación, si no creen perecerán.

También María, todavía en el Antiguo Testamento, es un modelo de la fe. Se extraña ante el saludo del ángel, ser madre del Mesías es una propuesta llena de riesgos y de enigmas, pero María vive pendiente de la voluntad del Señor, «Yo soy la sierva del Señor, que se haga en mí según tu palabra».

En el Nuevo Testamento, vemos cómo Jesús trata de despertar la fe en el Dios de la Alianza en su sentido más hondo y genuino. Todo el Sermón de la Montaña se mueve en esta dirección. Dios es un Padre fiel y misericordioso que merece toda nuestra confianza. Podemos fiarnos de Él, tenemos que aceptar y obedecer sus mandatos, no debemos vivir angustiados porque podemos confiar en la providencia amorosa de nuestro Padre celestial.

En los evangelios descubrimos tres niveles de fe, la fe que podemos llamar «fe de los milagros», la «fe mesiánica» y la «fe teologal». La gente acude a Jesús para que les cure, pero esta fe interesada arraiga en la convicción o en el presentimiento de que Jesús es el Mesías enviado por Dios. Cuando la gente cree en Jesús, la fe en Él les remite a la fe en el Padre del Cielo. Jesús nunca se presenta como el último, Él es el enviado por el Padre, Él habla lo que oye a su Padre y pide la fe en el Padre. Creer en Jesús reclama creer con Él en el Padre del Cielo. Esto es lo que el Padre espera de nosotros, que creamos en Él y en su enviado Jesucristo. La «obra de Dios» es nuestra fe.

El gran analista de la fe es Pablo. En sus escritos la fe aparece en el contexto de la justificación. Los judíos piensan que la justificación ante Dios viene por el cumplimiento de la ley. Pablo se esfuerza por demostrarles que las obras de la ley no justifican, sino la fe en el Dios de la salvación. La salvación de Dios es pura gracia, Dios nos salva por su misericordia y por su amor. Dios nos ha manifestado su amor en la muerte de Jesús y en su resurrección. Cuando éramos pecadores, Dios entregó a su Hijo a la muerte para vencer el poder del mal y luego lo resucitó manifestando así sus planes de salvación. Ante esta gracia a nosotros se nos pide la fe en Él, se nos pide que creamos en su amor, que nos fiemos de Él y nos dejemos llevar por Él. La gracia salvadora de Dios viene a nosotros por la fe. Una fe que es confianza, obediencia, adoración.

En los capítulos 3º y 5º de la carta a los Romanos, en la carta a los Gálatas y en la de Efesios, aparece claramente este concepto de fe confianza y obediencia.

En los evangelios encontramos también tres paradigmas de la fe: el seguimiento, la confianza filial, la amistad. Seguir a Jesús es un ejercicio de fe, el discípulo deja su vida y comparte la vida de Jesús, espiritual y hasta materialmente; para creer en Dios hay que hacerse como un niño, confiar en Él, dejarse guiar por Él, poner la vida en sus manos; creer en Jesús es compartir su vida, entrar en su amistad, conocer sus secretos y cumplir sus mandamientos.

La fe de Pablo es adhesión, reconocimiento de Cristo como Señor, obediencia, sometimiento, identificación vital. La fe en Cristo le lleva a morir al mundo como su Maestro, a vivir unido a Él en su vida de resucitado, junto a Dios, a liberarse de este mundo y vivir como hijo de Dios en el amor. La fe es un verdadero nacimiento, por ella nacemos a una vida nueva, la vida en Jesús y con Jesús, la vida divina que él recibe y comparte con nosotros, la vida de los hijos de Dios en la comunión del Espíritu Santo.

Llegamos así a la siguiente idea, la fe es una relación de comunión del creyente con Jesucristo y con Dios que implica reconocimiento, adoración, imitación, seguimiento, obediencia, amor. Vemos cómo la fe bíblica es mucho más que saber unas cuantas verdades. No es asimilable al conocimiento sino a la amistad, a la relación interpersonal que hay entre los amigos, del hijo con su padre, de la esposa con el esposo. Digamos que la fe es la verdadera religión, es decir, la forma correcta de relacionarse con el Dios de Jesucristo, un Dios de gracia y de misericordia.

No hay que tener temor de que esta manera de ver las cosas nos lleve hasta la «fe sola» o la «fe sin obras» de Lutero. La fe es el principio de una nueva forma de vivir, es la adhesión adorante a la persona del Señor resucitado, esa fe nos hace vivir filialmente con Dios en el amor. La fe que predica Pablo «actúa por el amor», transforma todas las dimensiones de la vida del creyente, es conversión.

Teniendo en cuenta la dimensión pastoral y pedagógica de estas Jornadas, quiero llamar la atención sobre este punto. La fe cristiana supone cambio de vida, elección personal de Jesucristo como norma de vida, como verdadero regidor interior de nuestra vida. De esta elección y de esta decisión, nace la verdadera justicia, el perdón de los pecados y las buenas obras propias de los hijos de Dios. No deberíamos conformarnos con una iniciación cristiana o con una catequesis que no tenga esta conversión y este cambio real de vida como objetivo central. Si esta conversión no aparece en la elección de vida y en las buenas obras, cualquier proyecto de iniciación ha fracasado.

II. El itinerario de la fe

Podemos ahora preguntarnos cuáles son los pasos fundamentales para que una persona llegue a la resolución de la fe. Damos por supuesta la obra de la gracia de Dios, sin la cual la fe del hombre en Dios no sería posible, ni siquiera imaginable. Dios toma la iniciativa de hacerse el encontradizo con el hombre, se revela, le da signos de su amor y de su benevolencia, especialmente con la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

Como primera consecuencia de la voluntad de Dios, el hombre, en su misma naturaleza humana tiene inserta la posibilidad y la necesidad de un encuentro de amor con el Dios Creador y Santificador para alcanzar su plenitud y su felicidad. Esta ordenación a la vida eterna se manifiesta en el amor ilimitado a la vida, la capacidad de conocer la verdad y de amar el bien. El hombre de buena voluntad, siguiendo el dinamismo de su propia condición humana, se prepara para escuchar la Palabra de Dios y para aceptar el testimonio de Cristo. Quien ama la verdad y busca el bien de la vida, escucha la Palabra de Dios y acepta el testimonio de Jesús sobre la bondad y la providencia salvadora de Dios.

La decisión de creer en Jesús y de poner la propia vida en sus manos es una decisión libre –no forzada por ninguna evidencia, pero sí inducida por los deseos del corazón, movidos y sostenidos por la gracia de Dios– y favorecida por los signos de la credibilidad de Jesús, su vida, sus enseñanzas, sus intervenciones de resucitado, los frutos de su muerte y su resurrección.

Estos signos de credibilidad preparan la fe como una decisión realmente libre, pero no infundada, perfectamente razonable, más razonable y congruente que la decisión contraria, del todo conforme con las tendencias del ser humano y en todo concorde con las leyes de la razón y del querer del hombre. Creer en Cristo es perfectamente razonable, lo irracional es el negar la fe a un testigo que se nos presenta como absolutamente creíble y digno de fe.

En el anuncio de la fe, hoy es especialmente necesario despertar en los catecúmenos las grandes preguntas del ser humano, la pregunta por el origen, por la inmortalidad, por el sentido de la vida y la responsabilidad de cada uno en nuestro propio destino. Es una fase nueva de la catequesis que no se puede descuidar. De estas preguntas tiene que nacer la invocación, el verdadero preámbulo vital de la fe.

Estos datos nos llevan a la conclusión de que el camino esencial para la fe es el conocimiento humilde y religioso de Jesús, Él es a la vez el principal signo y el primer receptor de nuestra fe. El descubrimiento de Cristo como Salvador enviado de Dios es la gran llamada de Dios a la conversión y a la fe teológica. Nadie puede entrar en el Reino de Dios sin entrar por esta puerta de la fe, sin vivir esta crisis de la conversión y del cambio de vida. Este tiene que ser el primer objetivo, central e insustituible, de toda iniciación cristiana.

III. Los efectos de la fe

En lo que llevo dicho quedan ya enunciados los principales efectos de la fe. El primero y principal es el reconocimiento de la soberanía de Dios y del poder salvador de Jesucristo, la aceptación de su presencia y de su intervención en nuestra vida. De tal forma que la fe es la condición indispensable para que la gracia de Dios pueda actuar eficazmente en nosotros. Por la fe, Cristo habita en nosotros y, por la fe, nos vamos configurando con Él a lo largo de un proceso ininterrumpido que va desde el bautismo hasta la glorificación personal. Por la fe esperamos que Cristo configure nuestro cuerpo mortal a imagen de su cuerpo inmortal y glorioso.

Al hablar de la eficacia de la fe es preciso tener en cuenta que el término de la fe es el Cristo vivo y real, el Cristo resucitado que vive junto a Dios, constituido Señor del mundo, no una representación imaginaria del Cristo histórico ambulante por Galilea que es ya un puro recuerdo. Los que predicán la fe en «Jesús de Nazaret» tendrían que aclarar que aquel admirable Jesús de los caminos de Galilea, que curaba a los enfermos y perdonaba a los pecadores, es hoy el Cristo muerto y resucitado, sentado a la derecha del Padre, cabeza de la Iglesia que vive y actúa en la tierra por medio de los miembros de su Cuerpo, que es la Iglesia. Para ser eficaz, la fe tiene que ser concreta y realista.

Esta fe personal en el Cristo real nos hace entrar anticipadamente en la vida de la resurrección, nos acerca a Dios, nos libera de la sujeción al mundo de la carne, perdona los pecados y nos justifica. Esta fe en el Cristo resucitado se hace esperanza de la vida eterna y nos libera de las idolatrías del mundo, abriendo nuestros corazones para las obras del amor y de la misericordia.

Si captamos bien lo que significa la fe en el Nuevo Testamento podemos decir sin miedo que la fe justifica y perdona los pecados, la fe es el principio de una vida nueva, una vida santa con la justicia que nos viene de Dios por medio de Cristo resucitado. En cambio, sin esta fe, sin esta conversión y esta adhesión interior a Cristo y al Dios de la gracia, no son posibles las buenas obras. Sin conversión no hay justificación.

En la medida en que la fe cristiana cambia la idea que el hombre tiene de sí mismo y modifica los proyectos de vida, se convierte en matriz cultural, purifica las culturas existentes, suscita nuevos modelos de vida, crea usos y costumbres diferentes. La fe es cultura y crea cultura. No es normal que los cristianos tengan que vivir incómodamente en culturas adversas, lo normal es que la fe se extienda y los hombres creyentes creen sus propi-



as culturas, las que nacen de su fe y les permiten vivir tranquilamente de acuerdo con sus creencias y sus deseos.

IV. Las dificultades de la fe

Hablamos mucho de las dificultades circunstanciales para creer en Dios. Pero no podemos olvidar que la principal dificultad para creer en Jesucristo y en el Dios de la salvación radica en nuestro interior, es la consecuencia del pecado original, la concupiscencia, la desconfianza ante Dios y la seducción por los bienes de este mundo. Estamos hechos para la vida eterna, pero queremos que la vida en este mundo colme nuestros deseos y llene los espacios de la vida eterna. Solo la rectificación del amor a uno mismo, pervertido por el pecado original, y el reconocimiento del Dios de Jesucristo como fuente de vida, abren el camino a la fe que nos hace poner nuestro corazón en Dios como promesa de vida verdadera. Esta resistencia oculta a la soberanía de Dios es la que da fuerza a todas las demás dificultades y objeciones que se puedan presentar contra la fe. El juicio entre la fe o la incredulidad se da en lo más profundo del corazón de cada hombre.

Junto a esta causa profunda y universal, cada persona, cada momento, cada situación histórica puede presentar dificultades específicas contra la fe en Dios. Hoy es ya un tópico decir que vivimos en clima cultural contrario a la fe. Pero es importante analizar en qué consiste esta cultura antirreligiosa y dónde se esconden estas incompatibilidades.

Entiendo que vivimos en una cultura materialista que comienza excluyendo el concepto mismo de creación. Somos fruto de una evolución azarosa, tenemos la suerte de haber aparecido como seres libres, indeterminados, con una libertad que nos hace capaces de configurar nuestra existencia como mejor nos parezca con el fin de alcanzar cuanto antes la mayor felicidad posible. Tenemos derecho, casi obligación, de ser felices, aquí y ahora. El progreso consiste en ampliar la amplitud de nuestra libertad y nuestra capacidad de felicidad material. Sin tener que dar cuentas ante nada ni ante nadie. La única limitación nos viene de las posibilidades técnicas o económicas y del respeto a la libertad y a la felicidad de los demás.

Es evidente que esta visión de la vida cierra el camino a cualquier inquietud religiosa. Cuando un adolescente entra en esta manera de ver las cosas, su fe incipiente se apaga como una llama sin oxígeno. La educación religiosa, la iniciación en la fe, requiere hoy unos precedentes culturales importantes que hay que clarificar expresamente, de forma decidida y firme. Luego el creyente tendrá que vivir su fe en contra de la presión de la cultura dominante, con la ayuda y el apoyo del ambiente cultural indis-

pensable de la comunidad de los creyentes. No tenemos experiencia de lo que es vivir la fe como minoría cultural en el seno de grandes comunidades sociológicamente materialistas y ateas.

V. Algunos factores positivos

No hay nada que sea completamente malo. En nuestra cultura actual hay también aspectos favorables que ayudan a la evangelización y a la iniciación cristiana de los niños y jóvenes. Por lo pronto, los factores culturales negativos no pueden borrar las aptitudes que Dios ha puesto en nosotros para llegar a la vida eterna. Hoy como siempre, los jóvenes aman la vida, necesitan vivir en la verdad, se sienten atraídos por el bien. Una buena educación religiosa tiene que enlazar con estos sentimientos profundos del ser humano para engendrar convicciones firmes y deseos estables. La gracia de Dios llega a nosotros por los resquicios de la naturaleza, por estos elementos de infinitud que nos hacen ser candidatos para la vida eterna desde el primer momento de nuestra vida. Antes de que llegemos nosotros, el Espíritu de Dios está allí, pero hay que saber conectar con sus inspiraciones.

En el plano cultural, podemos considerar que el descubrimiento de la subjetividad y la valoración de la libertad son elementos favorables para el desarrollo de la fe. La fe no solamente es libre, sino que es libertad; es más, se puede decir que la fe es «la libertad». Por la fe el hombre configura su propia existencia de forma definitiva y absoluta. Más de una vez, las dificultades para creer de algunas personas provienen precisamente del miedo a esta libertad que es la máxima realización de la libertad de criatura. Otros factores positivos del momento presente pueden ser la facilidad para la comunicación, la sensibilidad por el bien del prójimo, el crecimiento de la libertad religiosa en el mundo, el incipiente acercamiento entre las religiones del mundo, etc.

Otro elemento favorable para la fe en el momento presente, más en el caso de los adultos que en el de los jóvenes, es la experiencia del mal. A estas horas, en nuestra sociedad son ya visibles los males provenientes de la apostasía y del ateísmo. La disolución de la familia con sus consecuencias dolorosas para padres e hijos, la perversión de la sexualidad, la multiplicación de los abortos, las mil formas de corrupción y degradación de las costumbres en la vida privada y en la vida pública, hacen que las personas honestas comiencen a dudar de las bondades y del acierto de este humanismo sin Dios ni ley natural que nos han vendido en sustitución del humanismo cristiano.



Conclusión

Algunas sugerencias prácticas

Con el deseo de acercarme a las reflexiones centrales de estas Jornadas, quiero terminar enunciando algunas sugerencias prácticas que se desprenden espontáneamente de lo que llevamos dicho.

Quiero, en primer lugar, subrayar lo que ya son estas Jornadas. En el campo de la evangelización no podemos actuar sin coordinación, aumentando nosotros mismos las dificultades ya muy grandes de nuestros objetivos. Familia, parroquia y colegio tienen que actuar en una muy concertada colaboración. Quiero decir una palabra acerca de la labor de los colegios católicos en el proceso de iniciación cristiana de nuestros niños y jóvenes. Es preciso superar ciertas actitudes tímidas y reticentes provenientes de otros tiempos ya lejanos en los que queríamos corregir otras situaciones de excesiva saturación religiosa ya inexistentes. Los colegios católicos tienen que moverse en un planteamiento educativo expresa y explícitamente apoyado en las actitudes básicas de la fe cristiana. Dicho queda, con todo afecto y respeto. Otros se encargarán de desarrollar el porqué y el cómo.

En la catequesis actual no se puede dar por supuesta la fe. Hay que promover una catequesis personalizada, práctica, testimonial, en la que el catequizando se vea acompañado y conducido hacia sus decisiones personales de fe, entendida como una verdadera conversión, un cambio real de vida fundado en el seguimiento personal de Jesucristo. En este camino tienen que aparecer las preguntas fundamentales del hombre por su identidad, por su responsabilidad. Será también preciso reconstruir las nociones culturales deformadas en la cultura actual y que son imprescindibles en una vida cristiana, como el verdadero concepto de libertad, la conciencia de inmortalidad, la responsabilidad de sí y del bien de los demás, el verdadero concepto del amor. El magisterio de Benedicto XVI está salpicado de estas sugerencias culturales tan importantes para la verdadera evangelización.

La fe de los jóvenes tiene que apoyarse en el descubrimiento de Jesucristo, del Jesucristo real y total, como Salvador y como Salvación. No conviene que la vida cristiana de nadie se apoye demasiado en otros maestros de menos autoridad y de menos categoría. Las mediaciones no deben entretenernos demasiado. Son importantes, pueden resultar muy útiles en un momento determinado, pero tienen que seguir el ejemplo del Bautista, disminuir para que Jesús crezca en nuestros corazones.

Hay que revisar a fondo el modo de celebrar los sacramentos de la iniciación cristiana. No es cuestión de edades ni de precedencias. El problema real que no acertamos a poner ante nosotros es la necesaria adecuación entre la fe personal y las celebraciones sacramentales. Hoy seguimos bajo el peso de situaciones antiguas en las que fe era la hipótesis dominante. Hoy ya no es así. Cada uno tiene que recibir los sacramentos cuando esté personalmente preparado para ello, cuando desee realmente el sacramento como un encuentro de fe y de amor con el Señor de la gracia y de la salvación. Hay que romper con las tandas, con las edades fijas, con el predominio de los festejos seculares. Si no lo hacemos no entraremos nunca en una pastoral de evangelización. Y algo parecido hay que decir de la celebración del matrimonio.

Por último, en el marco de la evangelización de nuestros jóvenes, hay que tener en cuenta que los jóvenes cristianos necesitan el apoyo de comunidades reales en las que se sientan acogidos, apoyados, valorados y queridos. No bastan los grupos juveniles, que son necesarios, hacen falta también comunidades reales de adultos cristianos, reuniones de familias cristianas donde los jóvenes puedan ver la proyección vital y social de sus compromisos cristianos en unas vidas adultas, desplegadas en todos sus elementos, familiares, sociales, profesionales, sociales y políticos. Tenemos todavía que reflexionar mucho, tenemos que promover nuevas iniciativas conjuntas que nos permitan avanzar en una pastoral evangelizadora capaz de cambiar las tendencias negativas del momento presente.

Oigamos la voz del Señor: «No tengáis miedo. Yo estoy con vosotros hasta el final de los tiempos».

Madrid, 28 de febrero de 2013

Ponencia en las Jornadas de Vicarios y Delegados de Enseñanza,
Catequesis y Familia

